

APAREZCO, LUEGO EXISTO

Desde hace un tiempo, la escucha clínica, la observación de lo cotidiano y la lectura de producciones de diversas procedencias disciplinares, ponen en evidencia el particular lugar y el particular uso de la imagen, sobretodo de la propia imagen.

Nos proponemos en este trabajo pensar este fenómeno, buscando cernir la subjetividad en juego en el mismo.

Comenzaremos por precisar algo sobre la imagen para luego abordar lo propio de la imagen en nuestra época.

La imagen

Lacan ha desarrollado una conceptualización sobre la imagen, apoyado en el esquema denominado Estadio del espejo. Partiendo del hecho de la prematuración al momento del nacimiento del humano, generándose por ello una discordancia primordial de origen biológico, Lacan explica la intrusión simbólica en el campo de lo Imaginario. Porque la imagen no es privativa de lo humano. Lo propio del mundo humano es la intromisión significativa, que funda lo Real en tanto resto de lo Simbólico, y anuda lo Imaginario a los otros dos registros. El Estadio del espejo es una matriz simbólica en la que se precipita el Sujeto, que supone un primer tiempo de alienación en la imagen. Imagen que da consistencia a lo que se llamará cuerpo propio. La identificación a la imagen en el espejo delimita la ilusión de ser éso, en un principio de falso dominio y enajenación radical. La imagen es, concluyendo, un intento de hacer consistir el ser.

Sea lo que sea lo que la imagen cubre, ésta no centra sino un poder engañoso de derivar la enajenación que ya sitúa el deseo en el campo del Otro, hacia la rivalidad que prevalece, totalitaria, por el hecho de que el semejante se le impone con una fascinación... (“De nuestros antecedentes”)

La imagen es sumamente inestable en su permanencia y somete al yo a sus avatares, si no cuenta con la apoyatura en el significante. Es en la relación Simbólico Imaginario que la imagen puede, significantes mediante, encontrar cierta estabilidad. Es desde lo Simbólico, desde la terceridad, que hay nominación que permite una identificación no especular, no apoyada únicamente en lo Imaginario. Sin lo Simbólico, lo solamente Imaginario constituye la rivalidad desenfrenada. Es la ley la que funda el lazo social al superar la relación dual. Dice Lacan en el

Seminario dedicado al estudio de las psicosis, que ante la imposibilidad para el sujeto de asumir la realización del significante, lo que le queda es la imagen, imagen que no se inscribe en ninguna dialéctica. (Lacan, 1997)

Jean Hyppolite, filósofo francés, en su “Comentario hablado sobre la Verneinung” (en Lacan, 1996b) deja claramente asentada la necesidad del símbolo en lo “*distintivo de la situación humana*”. Ese **no** que expresa en su brevedad lo que es la lengua: el doble movimiento de la presencia de la ausencia y su ocultamiento.

El sujeto reside en la cadena significativa en tanto ésta supone intervalos en los cuales el sujeto puede producirse. El sujeto no es signo, el sujeto es efecto de la cadena en tanto diferencia. El significante es fecundo, leemos en el Seminario de la identificación, por no poder ser nunca idéntico a sí mismo. La diferencia y sus efectos quedan así establecidos.

La imagen en el siglo XXI

“Nunca la imagen se ha impuesto con tanta fuerza en nuestro universo estético, técnico, cotidiano, político, histórico”, enfatiza Georges Didi-Huberman, filósofo e historiador de arte francés.

Paula Sibilia, antropóloga argentina, al referirse a la época enuncia que “sólo existe lo que se ve”.

El politólogo italiano recientemente fallecido, Giovanni Sartori, ha estudiado la primacía actual de la imagen y concluye que esto produce más que un cambio cultural, produce una transformación de la especie humana relativa a una pérdida vinculada a la capacidad simbólica, transformación que denomina Homo Videns.

El psicoanalista Miquel Bassols nombra la “fetichización de la imagen exterior del cuerpo” y la postula como un nuevo objeto.

Breve listado que sin poder ser abarcativo de lo escrito sobre el tema, busca mostrar el estado del asunto en la producción intelectual presente.

Postulamos, entonces, que la omnipresencia de la imagen en el siglo XXI podría corresponder a lo que Pierre Bourdieu conceptualizó como Habitus, es decir “*sistemas de disposiciones duraderos y trasladables, estructuras estructuradas dispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, principios generadores y organizadores de prácticas y*

representaciones” (Bourdieu, 1991, pág. 89). O sea, esquemas sistematizados e internalizados de percibir, sentir, pensar y actuar, adquiridos en el proceso de socialización.

Creemos entender que los Habitus, efectores y efectos de cada cultura, son modos de hacer con la castración fundante, con la que todas las épocas han tenido que vérselas, ofreciendo algún artificio frente a ella.

Toda sociedad tiene que reconciliarse con la imposibilidad de alcanzar la jouissance como plenitud; lo único que puede variar es el conjunto de fantasmas que se producen y se hacen circular con el fin de enmascarar –o al menos domesticar- este trauma, y de hecho varían enormemente (Stavrakakis, 2010, pág. 279).

Cada época ha encontrado, ha construido, los modos de “tapar ese agujero en lo real”, intentos de desestimar la castración fundante y estructural. Frente a la falta, haciéndole frente, intentando desmentirla, surgen *“los perpetuos intentos (en última instancia fallidos) que hace la realidad de colonizar y domesticar lo real, de representarlo...”* (Stavrakakis, 2010, pág. 65) y el mito de un supuesto goce absoluto.

Sin ninguna pretensión de ser exhaustivos, nombremos alguna de estas modalidades con el horizonte de vislumbrar en contexto el actual estado de las cosas.

La religión ha sido un dispositivo de construcción social en esta dirección (no porque el fenómeno de lo religioso no exista en el presente, pero indudablemente ya no se ubica en el mismo lugar social de percepción del mundo y de actuación sobre él que antaño). En el Seminario 3, Lacan cita a André-Jean Festugiere, religioso, filósofo y filólogo del siglo XX:

Desde que existe la creencia en los dioses, existe el convencimiento de que ellos regulan los asuntos humanos... La fe nació de la observación mil veces repetida de que la mayoría de nuestros actos no alcanzan su objetivo, siempre queda necesariamente un margen entre nuestros designios mejor concebidos y su cumplimiento; permanecemos así en la incertidumbre (Lacan, 1997, pág. 181).

Reflexión que registra la existencia de lo Real, y a la religión como tratamiento posible del mismo. La religión apela al artilugio último de otra vida, imperecedera, incorpórea o de cuerpos renovables, de gozo ilimitado, con el fin de hacer soportable las limitaciones de la vida presente, a las que les da un nombre y una lógica (pecado, culpa), es decir otorga un tratamiento posible del goce que se hace consistir en prohibiciones. Ahora bien, este tratamiento particular supone un entramado social que organiza el lazo social de un modo establecido, en el que el Otro es un elemento necesario, y esto determina lazos determinados con los semejantes. Freud trabaja detenidamente este tema en “Psicología de las masas y análisis del yo”. Vemos en este entramado de acotamiento de goce, la participación necesaria de un escenario fantasmático, es decir goce e imposibilidad de goce enmarcados en una escena, escena que se vale del significante prohibición. Como puntualiza Lacan, la religión mantiene una relación con la Verdad como causa, pero a condición de que el sujeto quede al margen de ella. *“El religioso le deja a Dios el cargo de la causa, pero con ella corta su propio acceso a la Verdad. ...instala la Verdad en un estatuto de culpabilidad”* (Lacan, 1996b, pág. 851)

Otro gran dispositivo de tratamiento de lo Real y de desmentida de la castración ha sido la ciencia. Edward Wilson, biólogo norteamericano especializado en evolución y sociobiología, dijo que *“si se emplean los métodos desarrollados en las ciencias naturales, la ciencia finalmente podrá explicarlo todo”*. Y los científicos, dijo Bruno Latour, filósofo, sociólogo de la ciencia y antropólogo francés, *“Pueden hacer hablar al mundo mudo, decir la verdad sin que se los ponga en entredicho, poner fin a las discusiones interminables mediante una forma de autoridad incontestable que provendría de las cosas en sí”* (ambas citas en Stavrakakis, 2010, pág. 25). La ciencia viene con la pretensión de decir todo lo Real, lo que es igual a anularlo, porque si lo Real es dicho ya no es Real. Este programa de acción tiene sin dudas efectos sobre lo Real mismo y sobre el Sujeto, que queda forcluido (tal como la frase de Latour lo muestra con claridad) y sobre la Verdad, que queda velada por la ciencia a partir de su programa de saberlo todo. Saber sobre todo supone, por necesidad lógica y de la mano de forcluir al Sujeto, dejar afuera a la Verdad.

Castración y capitalismo

¿Qué tiene de particular nuestra época? El consumismo se presenta como necesario a la hora de pensar nuestro momento histórico y la subjetividad presente en ella, incluso puede considerarse como uno de los aspectos centrales de la vida social de hoy.

La lógica que supone el consumismo implica la anulación de las diferencias en pos de alcanzar una igualdad que concluya en un consumidor apto para lo que el mercado pretende ubicar. A su vez, se aplasta la distancia posible entre querer y tener, postulando que querer es poder (y poder es tener). Esto atenta directamente contra el deseo y su dinámica, ya que el deseo es precisamente la diferencia entre lo buscado (irremediablemente perdido) y lo alcanzado, es búsqueda y por tanto recorrido. El deseo supone la diferencia, ésa que el capitalismo tardío pretende anular.

El consumismo es, pues, un modo particular de domesticación del deseo y de tratamiento del goce. Si el deseo es lo más propio del sujeto, lo que queda lesionado en esta operatoria es el sujeto mismo. El consumismo realiza el camino inverso al lenguaje. Recordemos que el lenguaje, al inmiscuirse en el viviente, transforma la necesidad, diversifica lo uno. Es el significante el que no puede ser nunca idéntico a sí mismo, con los efectos de diferencia y de falta. El consumo va contra eso, seduce apelando a lo desiderativo y a la búsqueda de objeto para la satisfacción pulsional, pero aplastando al deseo, queriendo instaurar lo uniforme desaparecido por estructura, mítico por otra parte, deshaciendo la distancia entre lo deseado y lo ofertado, entre deseo y objeto. Y tengamos presente también que en tanto el deseo es el deseo del Otro, la uniformidad publicitada tiene éxito por la estructura misma del deseo, aunque sus efectos puedan ser devastadores para el sujeto.

Es evidente que lo esperado en el consumo, lo permitido al consumidor, es el goce; eso es lo esperado, eso es lo ofrecido. La lógica así expuesta supone una exigencia de goce, que busca eliminar la insatisfacción en la oferta de una metonimia de objetos, los del mercado, que se pretende ilimitada.

¿Qué es del sujeto en este entramado? Lacan escribió una nueva fórmula para dar cuenta del lazo social y del goce de la época: el discurso capitalista. Allí el sujeto deseante (semblante) se dirige al saber (otro/goce) para que le otorgue el objeto (objeto a en el lugar del plus de gozar). Esto significa que hace semblante de ser amo de su demanda; cree ser libre en el demandar, desconociendo su sujeción. El amo pasa a ser el objeto. El consumidor, cliente, afiliado, es en realidad consumido por el mercado. Este discurso, ¿es veramente un discurso?, ¿es veramente lazo social? He aquí una cuestión que requerirá de un complejo análisis que excede este trabajo.

Pero vale la pena que la pregunta quede planteada. Ciertamente, quedando forcluido el sujeto, careciéndose de Nombre del Padre que regule simbólicamente los intercambios y en ese acto produzca efectos de nominación, la pregunta tiene su pertinencia.

Retomemos nuestro planteo respecto de la imagen

¿Será la insistencia en la prevalencia omnipresente de la imagen el intento en lo actual de hacer consistir al ser, ser que no tiene otra consistencia que la falta en ser, tal como lo afirma Jacques Lacan? ¿Será el intento de otorgar objeto, objeto que desde la temprana producción freudiana sólo es objeto perdido y nunca reencontrado (y en tanto perdido, motor del aparato psíquico y eje de lo desiderativo)? ¿Estamos en presencia de un intento maniaco de “superar” el cuerpo biológico, lugar exacto donde “habita” la castración que trasmuta ese puro organismo en cuerpo?

Si postulamos que toda sociedad ha construido sus formas de intento de sustraerse de la castración, y hemos particularizado la modalidad propia del capitalismo tardío, ¿qué ubicar como propio del modo en que este uso de la imagen tiene respecto de su cometido? La prevalencia de la imagen responde sin dudas a un intento de hacer consistir al ser desde el dominio de lo Imaginario.

El hombre requiere de la adopción de significantes para tener alguna representación que lo nombre, que le dé aunque más no sea una mínima consistencia. Ante la carencia de los mismos entran aquí en juego identificaciones imaginarias de nuestra época, en vinculaciones lábiles que buscan dar identidad. Si la identificación es inestable, las consecuencias nos serán mostradas en la clínica, con presentaciones que suponen intervenciones directas en el cuerpo, intentando establecer un trazo visible, imaginario, en lugar del trazo simbólico, no visible, ni presente. El sujeto justamente es la ausencia de trazo, es -1.

En la conferencia de 1995 en Andalucía, Miller enunció que la imagen del cuerpo viene a colmar la falta. La imagen del cuerpo traduce siempre, dijo allí, la relación del sujeto con la castración. “El secreto de la imagen es la castración”. ¿Qué leer en esta prevalencia de la propia imagen en el contexto señalado del tratamiento de lo Real propio de la época?

Pues bien, haber postulado la cuestión de la imagen en los términos en los que lo hicimos, nos hace interrogar sobre el anudamiento con que se podría dibujar el fenómeno. Describir una

búsqueda del ser vía la producción de la propia imagen como Habitus predominante, nos pone, entonces, en la pista de un déficit de lo Simbólico, una prevalencia de lo Imaginario sobre lo Simbólico, un intento de compensación de eso con lo que no se cuenta, una nominación simbólica que permita una identidad más allá de la apariencia. *“Es porque remedia ese momento de carencia por lo que una imagen viene a la posición de soportar todo el precio del deseo: proyección, función de lo imaginario”* (“Observación sobre el informe de Daniel Lagache”)

Son los conceptos diferenciales yo-ideal e Ideal del yo, los que se ofrecen para el discernimiento de este fenómeno. El yo-ideal es una formación imaginaria, que implica para Freud (1988) la suspensión ante el niño de las restricciones culturales que han atravesado a sus padres; sostiene al yo pero de un modo ilusorio y por tanto lábil. Freud plantea que por efecto del pasaje por el complejo de castración esta formación debe sucumbir por acción de la represión. Esto da lugar, por identificación edípica, es decir significativa, a la formación del Ideal del yo, que supone la confrontación con lo que no se es, con la diferencia entre lo presente y el Ideal a alcanzar, lo que requiere de un “aparato” de medición, que es el falo, o sea el significativo de la falta, que indique la diferencia y anuncie que hay falta, promoviendo el movimiento del aparato psíquico en su búsqueda. El Ideal del yo, entonces, establece límites y otorga una medida. Esto no sólo es propiciatorio sino que además preserva al yo porque el límite es del orden de la vida. Sigue resonando en los desarrollos del Psicoanálisis lo que muestra el mito en la caída mortal de Narciso por la fascinación en su propia imagen, allí donde ninguna diferencia operaba entre su cuerpo y la imagen, trampa fatídica *“del inefable goce que encuentra perdiéndose en la imagen fascinante, [allí] podemos medir el poder de un hedonismo [léase yo-ideal] que habrá de introducirnos en las ambiguas relaciones entre la realidad y el placer”* (“Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”).

¿Será acaso la selfie, figurita testigo del uso de la imagen actual, un Narciso que se pierde en la imagen que viene a darle presencia en el mundo, “cuerpo”, desconociendo (lo cual es función del yo) en y por la imagen los avatares de su existencia? Cuerpo entrecomillado porque la imagen no contiene emoción, no segrega ningún fluido, no pulsa en absoluto. Ser en la imagen postula una existencia sin cuerpo, existencia ésta imposible. La imagen no tiene vida. La pretensión de ser en la imagen propone, al menos, una paradoja. El devenir de la vida queda expulsado de sí. Esto resuena al concepto freudiano de desintrincación pulsional, esto es, tal como lo traduce Lacan, el desanudamiento de los registros, Simbólico desanudado de Imaginario y Real, que precipita un ilimitado mortífero, (podemos ejemplificarlo en su máxima expresión en lo

ilimitado del goce en las toxicomanías, sujeto consumido en el consumo). Incluso el psicoanalista Miquel Bassols ha puntualizado sobre la proliferación de imágenes del interior del cuerpo, esas que no arman una gestalt ni armónica ni bella, sino que muestran sin más, pedazos despedazados, no imaginables. (“El imperio de las imágenes y el goce del cuerpo hablante”). Las imágenes pueden, por tanto, no ser amables ni armar cuerpo.

El uso de la imagen que deriva del capitalismo tardío, entonces, aparece como solidario con la apelación a la nominación imaginaria por la presunta carencia o insuficiencia de una nominación simbólica. La nominación simbólica implica el anudamiento entre algo que es del orden del habla y algo de lo Real. Es justamente el Nombre del Padre el que articula el deseo con la ley, lo que significa articular goce y deseo. Sobre el final de su obra Lacan otorga al Nombre del Padre el lugar de anudar a los tres registros. Nombrar se vincula con una lectura del rasgo, que designa la diferencia absoluta. El Uno es cosa insituable y por tanto soporte de la diferencia como tal.

Lo que queda objetado o dañado en tanto la nominación está en cuestión, entonces, es ni más ni menos que la diferencia. Y esto nos sitúa en la misma vía de lo que habíamos señalado al hablar del asunto del consumo. Constatamos una estrecha relación entre la descripción de la imagen de uno mismo en lo actual y los efectos de la lógica consumista. Constatamos que ambas cuestiones de la época están imbricadas, donde lo social y lo subjetivo interdependen.

Queda por tanto planteada una pretensión de rechazo de la castración y sus marcas (el cuerpo sexuado y la muerte) en esta modalidad socialmente construida de pretender ser en la imagen, al extremo de pretender ser imagen. Este Habitus supone un afán de “congelar” lo pulsional del viviente y el devenir del tiempo. Paula Sibilia ha desarrollado esta cuestión, manifestando que es “justamente la textura carnal del cuerpo, su consistencia biológica, el blanco del rechazo activo en lo social occidental”, por lo que “la apuesta es en el valor de la imagen que cada uno es capaz de proyectar, de la que se cree que revela quién se es.” (“¿Cómo ser un cuerpo contemporáneo?”) Cuerpo, por tanto, con afán de quedar descorporizado.

Y si no hay marcas, la marca es estrictamente del orden simbólico, si ellas han sido rechazadas, ¿qué es del tope? El reconocimiento no alcanzará estatuto de nominación para cada quien y el desplazamiento metonímico supondrá una escalada no comandada por el Ideal. El vínculo al semejante aparece vehiculizado en esta consistencia, dejando por fuera el asunto del amor y de las identificaciones derivadas del significante, que otorgan legalidad a la intersubjetividad. El goce, planteado como ilimitado, en un empuje exigido de más y más, empuja

a consumir el objeto ofertado por el mercado, por fuera del circuito que hace al encuentro con el otro y desanudado del deseo. Así, el vacío queda rápidamente homologado al abismo porque es el amor, dice Lacan, lo que hace condescender el goce al deseo (Seminario 10), lo que supone el anudamiento de lo Imaginario, el amor; lo Real, el goce; lo Simbólico, el deseo. Es la relación del goce con el deseo lo que permite poder hacer frente a la pérdida de goce, usufructuando el plus de gozar disponible. Esto es lo que el rechazo a la castración, en la modalidad que desplegamos, al menos obstaculiza seriamente.

La imagen no es ni el problema ni un problema. La imagen tiene el poder, digámoslo así, de captación del goce, de hacer su aporte en torno al enigma de cómo acceder al propio cuerpo. El Imaginario es uno de los registros del nudo, que no es sin él. El problema lo tendremos justamente si no se da un anudamiento, si el Imaginario no queda anudado a lo Simbólico, si esa o esas imágenes boyan sin anclaje, tal como la alucinación lo atestigua; si la identificación queda supeditada a la mera dominancia de ellas y entonces ni la construcción de cuerpo puede establecerse cabalmente; si los “sistemas generadores y organizadores de prácticas y representaciones” eluden al significante.

Carolina Kimsa